

HOGAR VIENTO

Por Alejandro Aristimuño

I

Blanco. Todo se veía absolutamente blanco. Las pesadas y gruesas nubes habían descendido hasta la ladera del cerro y se fundían con la nieve. Lloviznaba y el frío calaba hasta el hueso, al tiempo que el viento soplaba con una fuerza tal, que parecía capaz de separar el cielo de la tierra. *Eduardo Lima* y su mujer *Susana* estaban operando las máquinas pisa pistas en el circuito del cañadón de *La Hoyita*, tarea en la que ya contaban con casi dos décadas de experiencia. En esta ocasión, la pareja trabajaba junto a un empleado, de apellido *Díaz*, quien había sido recientemente contratado por la empresa concesionaria del servicio.

El temporal había comenzado durante la madrugada del día anterior con ráfagas que superaban los 100 kilómetros por hora en la cordillera, pero los jefes, al igual que las autoridades municipales y empresarios turísticos, estaban urgidos por tener todo listo para el lanzamiento de la primera temporada de esquí del Siglo XXI. Y a pesar del mal clima, estaba prevista para la misma jornada una serie de eventos para la inauguración oficial de la época del año más importante para aquellas personas que vivían “detrás de la montaña”.

Por su parte, *Eduardo* y *Susana* residían en la base de otro de los cerros que conformaban el cordón montañoso que decoraba aquella clásica ciudad alpina. Su cabaña estaba ubicada a unos pocos kilómetros de su lugar de trabajo y desde hacía un año y medio, aproximadamente, cada vez que salían a pisar nieve su hogar quedaba completamente vacía ya que *Walter*, el único hijo del matrimonio, se había mudado a la *Capital Federal* para seguir sus estudios terciarios, como tantos otros montañeses de su edad. El joven siempre había recorrido su propio camino, un camino que lo alejaba de su ciudad natal, la que, durante mucho tiempo, en especial su adolescencia, lo había

hecho sentir una inmensa soledad que se contraponía con el goce que generaba vivir rodeado de escenarios pintorescos y aparentemente tranquilos, en los que la naturaleza parecía alcanzar la más absoluta perfección.

-¿Cómo se llama este chico nuevo? -preguntó Eduardo, a los gritos, a su esposa, mientras sobre sus cabezas se agitaban, vacías, las aerosillas de roble y metal.

-Díaz, amor, Díaz, ¿no te acordás? -respondió Susana, quien trataba de movilizar con sumo cuidado los seis pares de ruedas de una pisa pista sobre que había quedado atascada sobre un terreno irregular y completamente helado.

-No puedo acordarme de los nombres de cada uno de los chicos que vienen por una sola temporada al año y después no vuelven -explicó él acercándose hasta donde su mujer se encontraba en medio de una lucha desigual entre la humanidad y las máquinas.

“¡Díaz! ¡Díaz! Vení rápido a darnos una mano. ¡Dale, apurate!”, exclamó Eduardo levantando sus brazos y cruzándolos una y otra vez sobre su cabeza, como si fuera un señalero aeronáutico.

El flamante empleado estaba tan ansioso por complacer a su jefe que saltó de la *Bombardier* que estaba manipulando y fue corriendo hasta donde se encontraban los Lima. “¡Pará, Díaz! ¡Pará!”, le gritó el jefe señalado a las espaldas del muchacho quien al dar media vuelta vio cómo su máquina se deslizaba sola por la pendiente.

Ante esa situación, Eduardo y Díaz comenzaron a correr cuesta abajo, aunque la mayor parte de la distancia la cubrieron haciendo *culi patín*. De todos modos, los dos hombres alcanzaron la pisa pista justo antes de que ésta cayera por el risco que desembocaba en un arroyo, mientras Susana los miraba desde arriba de la ladera, inmóvil, adentro de la pequeña cabina de la otra “oruga”.

De pronto, un viento huracanado arrancó del suelo la pisa pista que ocupaba la mujer y la misma comenzó a patinar sin control sobre el hielo, envuelta en una especie

de remolino de agua, como si se tratase de una tromba marina. La máquina se deslizaba bruscamente hacia abajo, en dirección a dónde se encontraban Eduardo y Díaz, quienes en ese momento iniciaban el ascenso. Susana apenas los alcanzó a divisar atravesados en su camino e intentó frenar desesperadamente, y al no lograrlo les gritó que se hicieran a un lado; pero los dos hombres estaban demasiados alejados de ella para oírlos y cuando advirtieron lo que ocurría no hubo tiempo suficiente para ponerse a resguardo ni para que la mujer saltara de la oruga mecánica, la cual terminó rodando frenéticamente como una bola de nieve, carne, huesos y metal.

La oscuridad de la tarde ya se había apoderado de la base del cerro cuando el comandante de Gendarmería Nacional, *Juan Carlos Coppo*, enfrentó a los periodistas que se habían agolpado desde temprano a la espera de novedades sobre los tres empleados accidentados en La Hoyita. “Hasta el momento, sólo puedo confirmarles que, lamentablemente, se lograron rescatar los cuerpos de Eduardo Lima y Susana de Lima, que estaban en el fondo del cañadón. El empleado Agustín Díaz sigue desaparecido y debido a las inclemencias climáticas y la hora se decidió suspender la búsqueda hasta mañana a primera hora”, explicó el jefe del operativo realizado en conjunto por los gendarmes a su cargo y policías locales.

-¿Esto quiere decir que no tienen esperanzas de encontrar a Díaz con vida? - preguntó un joven periodista que hacía un móvil para la radio FM instalada en el *shopping* de la base del cerro y que había interrumpido sus tardes de música moderna y juegos con los oyentes para abocarse al accidente en la montaña.

-No. Pero sepan entender que hay seis grado bajo cero de temperatura, menos quince de sensación térmica, tres metros y medio de nieve en el lugar del hecho y no

hay luz solar. Seguir buscando en estas condiciones sería poner en riesgo la vida del casi centenar de personas que participan del operativo.

La situación ya era evidentemente insostenible en los propios pies de la montaña, donde se había acumulado casi un metro de nieve, mientras que en el resto de la ciudad las condiciones empeoraban con el desborde de ríos y arroyos que derivaban en la evacuación de muchos habitantes, en especial, los de la zona denominada “El Alto”, que nucleaba varios barrios precarios donde los más humildes y marginados del valle luchaban no sólo para conseguir un trabajo digno, un sueño cada vez más inalcanzable, sino para no morir de frío.

Un día después del accidente, los rescatistas hallaron el cuerpo de Díaz cubierto de nieve en el fondo del cañadón boscoso, mientras que Walter Lima, alertado de lo ocurrido, llegó a la ciudad procedente de la Capital Federal. El corpulento joven, de pelo castaño y corto, ojos marrones, y facciones grandes pero delicadas, estaba acompañado de su novia, *Marina Williams*, una rubia de ojos claros, con un rostro precioso, de contextura delgada al punto que a través de la piel se marcaban los principales huesos de su menudo esqueleto y quien pisaba por primera vez en su vida aquel suelo patagónico. Los dos conformaban una linda pareja ya que, además, coincidían en tener una estatura media.

-Es un lugar hermoso -dijo la muchacha mientras se acomodaba junto a su novio en el asiento trasero del taxi que salió de la terminal de micros y comenzó a transitar en dirección al sur de la ciudad por la ruta que bordeaba el lago teñido de un azul intenso y bajo un cielo despejado.

-Sí -respondió Walter sin mirarla y posando su nariz casi sobre el vidrio de la ventanilla empañada-. Ahora porque está soleado. Pero esperá a que llueva tres días seguidos y haya hielo y barro por todos lados...

-Igualmente, no deja de ser hermoso –indicó la joven, más acostumbrada a los destinos turísticos cálidos y, principalmente, ubicados en el extranjero.

-Seguro, pero el invierno se disfruta en el cerro, donde se pueden realizar un montón de actividades a pesar de que haya mucha nieve. Ahí arriba –Walter apuntó su dedo índice hacia una de las cimas blancas que estaban a la vista-, cuanto más nieve mejor. Acá abajo es exactamente al revés.

Marina asintió en silencio y sin poder apartar la mirada de aquel paisaje de ensueño.

-Prefiero el verano -retomó él- porque se puede disfrutar más al aire libre. La pasás mejor.

El taxi atravesó todo el centro comercial y al salir del mismo pasó por la puerta del colegio al que Walter había asistido durante el secundario. A simple vista, el joven notó que no se habían producido muchos cambios en el edificio de tejas negras y maderos blancos que se levantaba en los fondos de un amplio y empinado terreno verde.

Luego, el vehículo de alquiler salió de la cinta asfáltica y tomó por una calle de tierra, repleta de las canaletas que formaba el agua de deshielo al descender hacia el lago. Después de luchar por unos 600 metros en subida, el conductor volvió al pavimento, pero al de la ruta que conducía al cerro. A esa hora de la tarde, en la que sol empezaba a esconderse detrás de las montañas, por ese camino de curvas y contra curvas que iba ganando en altura, descendían los esquiadores y *snowboarders* a bordo de sus camionetas 4x4.

Al llegar a una bifurcación en la ruta, el taxista siguió derecho hacia la villa, en vez de doblar hacía la agitada y concurrida base del cerro. Después de varios kilómetros más de asfalto, el coche tomó un camino de ripio hacia el corazón de un reducido grupo de casas protegido por ancestrales coihues. Allí, en la esquina más alejada, a varias cuadras del único mercado y la solitaria parada de colectivos, se ubicaba la cabaña de los padres de Walter, donde *Sergio López* esperaba nervioso a la pareja de novios.

-¿Está era tu casa? -preguntó Marina a su novio, quien no había pronunciado ni una sola palabra en el último tramo del viaje en taxi.

-Sí. ¿Te gusta? -respondió Walter apenas el coche se detuvo.

-Es increíble. Parece salida de un cuento –describió ella al descender del vehículo y echar un vistazo a su alrededor.

-¿De hadas?

Marina miró a su novio, sonrió y no se hizo eco de aquella broma ya que sabía que para él no se trataba de un paseo, sino de atravesar el peor momento de su vida. Así que en silencio lo ayudó a bajar las valijas del baúl.

-¿De quién esa camioneta estacionada en la puerta? –preguntó Marina tratando de cambiar el tono de la conversación.

-Es de la persona que nos está esperando.

-¿Y quién es?

-Es el abogado de mis viejos. Bah, en realidad, era el jefe y único verdadero amigo que tenían.

Walter y Marina se sentaron en el sillón doble, frente a la mesa ratona, mientras que del otro lado de la misma, López primero se acomodó el saco y luego apoyó una serie de documentos sobre sus rodillas. Habían intercambiado un saludo casi clásico

para esas situaciones: un apretón de manos seguida de una palmada en el hombro y, por último, un abrazo de corta duración. En otros casos, antes de romper el abrazo las personas se dicen algo al oído, por lo bajo. Pero en esta ocasión, eso no sucedió.

Ahora, los tres estaban nuevamente ubicados en aquellos muebles construidos íntegramente en ciprés y rodeados por un ventanal tan amplio como todo el frente de la cabaña que permitía tener una vista magnífica de un azul llano junto a un rugoso marrón verdoso y un liso blanco coronado por un alto celeste.

-Walter, sé que es un momento difícil pero necesito que tomes algunas decisiones en tu carácter de hijo único, ¿entendés?

-¿Y mi tía?

-Como ya sabés, tu mamá y su hermana no se hablaron en los últimos veinte años y vos sos el único descendiente directo.

-¿Al menos le avisaron lo que pasó?

-Sí, quedate tranquilo. Yo ya hablé con ella.

-¿Y qué te dijo?

-Bueno –el abogado dudó unos instantes-, ella me dijo que le iba a resultar imposible viajar a tiempo.

-¡Qué raro! –Ironizó Walter- Pareciera que esa mujer ya no vive en el fin del mundo sino directamente en el fondo del mar.

-De todos modos –retomó López con un tono más seguro-, lo importante acá no es tu tía, sino vos; en definitiva, la persona que tiene todos los derechos.

-¿Para hacer qué?

-En primer lugar, para decidir qué hacer con los restos de tus padres.

Walter la miró a Marina, luego se paró, caminó hasta el ventanal y echó un vistazo hacia afuera.

-Creo que hay que cremarlos y esparcir las cenizas en el cerro –respondió tras una breve cavilación-. Es el lugar que ellos siempre eligieron.

López tragó saliva y después efectuó algunas anotaciones en los papeles que llevaba consigo.

-Y no quiero que haya ninguna ceremonia -continuó Walter, quien aún seguía de pie, ahora, de frente a su interlocutor.

-De acuerdo. Y lo segundo: esta cabaña pasó a ser tuya. ¿Qué querés hacer con ella?

Walter parecía haber resuelto todo en ese momento, aunque había pensado en esos asuntos durante todo el silencioso y largo viaje desde la Capital.

-Pongámosla en venta. Voy a necesitar la plata.

-Pero mirá que puede tardar bastante en concretarse la operación. Quizás sea más fácil alquilarla.

-No tengo apuro. Mis proyectos allá todavía están verdes y por ahora puedo seguir manteniéndome solo.

-¿Seguís en el conservatorio?

-Sí y cuando me reciba tengo ganas de abrir mi propio estudio. Y para eso voy a necesitar la plata, ¿entendés?

-Entiendo -afirmó el abogado, tras lo cual terminó de rellenar los documentos que acto seguido se los hizo firmar a Walter, quien accedió de inmediato y sin leer ni una sola línea escrita.

López sabía que el joven confiaba en él y no era necesario hacer ninguna aclaración. Así que se levantó del sillón, se despidió de la pareja con la excusa de que tenía que llevar la carpeta para concluir con todos los trámites “lo antes posible” y

abandonó la cabaña. Una vez que partió, Marina se acercó a su novio, quien había vuelto a quedar de pie frente al ventanal, y lo tomó del brazo.

-Walter, ¿por qué no pensás un poco mejor lo de la venta de la cabaña? Creo que el abogado tenía un poco de razón respecto de alquilarla.

-Mirá Marina, lo que él propone quizás sea lo ideal, lo más correcto, pero toda esta situación lo único que me ha generado, además de un inmenso dolor, son ganas de no volver nunca más a esta ciudad.

-¿Por qué?

-Porque es demasiado triste. No quiero morirme acá y solo, como ellos.

-No te entiendo.

-¿Qué no entendés?

-Este rechazo que estás sintiendo por todo lo que pasa acá.

-Es demasiado complicado –Walter giró la cabeza para alejarse de la atenta mirada de su novia-. Mejor dejémoslo ahí.

-Pero al menos tratá de explicarme...

La joven presionó la palma de su mano sobre la nuca de su novio y él se volvió nuevamente hacia ella.

-Esto no es algo nuevo que me surgió ahora y, además, vos no sabés lo cerrada que puede ser la gente en esta ciudad. Si no entrás en su círculo desde un principio, te quedás afuera. Pero a mis viejos no les importaba eso porque se tenían el uno a otro y después a mí.

-Y a vos sí te importa.

-Claro.

-¿Y tus amigos?

-¡¿Qué amigos?!

-¿No tenías ningún amigo?

-No.

-¿No estarás exagerando?

-Para nada.

-¿O sea que todo tu tiempo acá lo pasaste solo?

-Prácticamente.

-¡Pero eso no es vida! ¿Qué hiciste?

-Hice la mía. Me encerraba a escuchar y tocar música. Y fue la mejor forma de aprender.

-Bueno, yo también toco desde muy chica y no tuve que encerrarme para hacerlo. Tenía amigos, salía con ellos. No viví aislada de la sociedad.

-¿Ah, sí? ¿Y dónde están esos amigos ahora?

Marina calló con cierta bronca porque sabía, aunque le costaba horrores admitirlo, que a lo largo y a lo ancho de su joven vida no había estado tan bien acompañada como ella creía. Y esa amarga realidad se le había revelado desde que había comenzado su noviazgo con Walter, cuando “las chicas” iniciaron, injustamente, una etapa de críticas y demandas hacia ella porque, entre otras cosas, consideraban que no salía tanto como antes.

-No cambies de tema. El punto es que no entiendo por qué parece que nunca extrañaste este lugar. Si yo me hubiera ido tan lejos de la casa donde nací, creo que no habría aguantado tanto tiempo sin volver, aunque sea por un rato, de visita.

-A mis viejos si los extrañé. Un montón. Pero por este lugar no sentía lo mismo. No te lo pudo explicar mejor...

La joven vio el sufrimiento dibujado en el adusto rostro de su novio y quiso ponerse en su lugar para poder tener una vaga idea de lo que le estaba diciendo. Sin

embargo, en aquel momento no tenían por qué estar de acuerdo, sólo estar allí, para acompañarse y apoyarse el uno al otro. Marina lo abrazó y lo besó en la boca. Él la miró a los ojos y después dejó caer su cabeza sobre el hombro de ella. Y así permanecieron un largo rato, con las últimas balas del sol hiriendo el frío del vidrio por el que se veían, a lo lejos y sobre una de las laderas del cerro, los faros delanteros encendidos de las máquinas que continuaban pisando la nieve.

-¿Estás bien? -preguntó Marina a su novio desde la cama. Ella todavía vestía un pantalón de *jogging*, un polar, medias de lana y seguía cubierta debajo de tres frazadas. Mientras que Walter estaba sentado en el extremo opuesto de la habitación matrimonial, sobre el baúl donde sus padres guardaban el calzado.

-Sí. Ya pasó lo peor. Hoy ya nos volvemos -respondió el joven, vestido sólo con una remera de mangas cortas y un *short*.

Afuera hacía 10 grados bajo cero, pero el cielo estaba bastante despejado y no había demasiado viento. Así que Walter le propuso a Marina desayunar y luego ir a dar un paseo para que ella pudiera conocer un poco de la villa.

Tras devorar unas tostadas con manteca y mermelada de rosa mosqueta, acompañadas por un café con leche, Marina se preparó para afrontar el gélido exterior. Se puso una campera impermeable negra, rellena de plumas, larga hasta justo arriba de la rodilla y que cubría las dos camisetas y el pulóver que llevaba desde que se había levantado. La muchacha cubrió su cabeza con un gorro de lana y rodeó su fino cuello con una bufanda haciendo juego, por lo que apenas se le veían los ojos y la nariz.

-Ya estoy lista -le dijo a Walter, quien sonría desde la puerta y con una urna de madera debajo del brazo.

-Yo también. Vamos -indicó él.

Los novios caminaron unos cuatro kilómetros por la calle de ripio que bordeaba el lago y el joven descubrió que había algunas nuevas construcciones, muy modernas y amplias, que indicaban que la villa tenía cada vez más residentes permanentes que buscaban alejarse de la furia de la ciudad.

-¿Dónde vamos? -preguntó Marina acelerando el paso para no enfriarse.

-Primero quiero que conozcas la cascada que está en el bosque, acá cerca.

-¿Y después?

-Después, si no estás muy cansada y no tenés tanto frío, podemos subir al mirador del lago.

Al llegar a la entrada del camping, Walter decidió no cruzar el arroyo y tomó por el sendero de la margen derecha para llegar hasta la cascada. Ella lo siguió sin cuestionamientos mientras trataba de no embarrarse sus botitas de cuero. Empezaron a subir entre los coihues aún húmedos y que por momentos se convertían en nubes de tormenta ya que hacían llover desde lo alto. Y aunque no pareciera, por arriba de ellos, el cielo estaba celeste y el sol luchaba por derretir el hielo.

Durante el recorrido, Walter iba adelante y cada vez que tenía que sortear algún obstáculo, como una rama, raíz o piedra, retrocedía para darle la mano a su novia y ayudarla. Hasta que en un tramo del recorrido, cuando el ruido del agua sonaba cada vez más lejano, ella lo detuvo y le dijo: “Me parece que estamos yendo por el camino equivocado.”

El joven sospechaba aquello desde unos minutos antes, especialmente, por lo empinado que se había tornado el sendero. Así que le indicó a Marina que lo esperara allí, donde se había detenido, mientras él se adelantaría para asegurarse de que iban en el sentido correcto. Después de internarse en el bosque silencioso por un rato, Walter volvió hasta donde estaba la chica.

-No estamos yendo mal, pero el sendero está cerrado. Este debe ser el camino que se usa en verano. Así que vamos a tener que volver.

-¿En serio? ¡Caminamos todo este tiempo al pedo!

-Bueno Marina, no lo hice a propósito. Pasa que hacía mucho que no venía por acá. Teneme paciencia, ¿sí?

Walter la tomó de la mano y la guió por un estrecho sendero hacia la izquierda para no tener que volver al principio del recorrido. Hasta que se toparon con el arroyo que presentaba un enorme y revuelto caudal. El joven caminó cuidadosamente por los troncos cubiertos de nieve que hacían de puente y pudo llegar hasta el otro lado, pero Marina no se animaba a seguir sus pasos. “¿No ves que no tengo la ropa y el calzado adecuados para hacer esto?”, indicó ella asustada, al tiempo que él la esperaba a la distancia.

Después de discutir brevemente, él dejó en el suelo la urna que había cargado desde que salió de la cabaña, cruzó hasta donde estaba ella y casi abrazándola la llevó hacia el otro lado del arroyo. “Viste que podías”, afirmó el joven, aunque ella no estaba tan satisfecha ya que se le había embarrado su pantalón vaquero.

Una vez en el sendero correcto, sin pendiente ni grandes obstáculos, la pareja no tardó mucho en llegar hasta la cascada que estaba tan acaudalada que esparcía su agua helada hasta unos 15 metros de distancia, por lo que los visitantes no se pudieron acercar demasiado ni para lavarse las manos.

Como no habían llevado una cámara fotográfica, los novios contemplaron inmóviles el espectáculo que brindaba aquella cortina acuática hasta que decidieron emprender el regreso.

-Al final, lo hicimos rápido, ¿no Mari? –comentó Walter apenas reanudaron la caminata, en la que iban a la par.

-Si no contamos cuando nos perdimos.

-No nos perdimos, nena. El sendero estaba cerrado. Nada más.

-Sí, pero el otro era re fácil y estaba todo señalizado.

-Bueno, llegamos igual.

-Sí y estuvo re lindo -dijo ella, quien abrazó a su novio y le agradeció el paseo con un beso.

-Me alegro que te haya gustado. Y ya que hicimos rápido, ¿vamos al mirador?

-¿Es muy lejos?

-Será un kilómetro más, pero ese camino si es un poco más empinado.

Marina dudó pero finalmente accedió ya que tenían tiempo suficiente y el día empezaba a sentirse más cálido gracias al sol del mediodía. Así que iniciaron el ascenso que, en un primer momento, fue fácil, pero que se fue complicando por el barro y las piedras. En el camino se cruzaron con unos turistas brasileros vestidos con sus trajes para la nieve que volvían maravillados de la cima. A esa altura, Marina ya llevaba una rama como bastón, aunque no tuvo mayores inconvenientes para seguir los pasos de su novio, que parecía apurado.

Unos metros antes de alcanzar el mirador, cuando el bosque empezaba a abrirse, unos tremendos copos de nieve en polvo comenzaron a caer de un cielo que se había nublado repentinamente. “Qué suerte tenés, porque no siempre nieva así”, le dijo Walter a su novia, quien no podía evitar mirar hacia las alturas.

Una vez en la cima, la joven no pudo creer lo que veía. Seguía nevando, al tiempo que hacia el Este los rayos de Febo pegaban sobre los picos blancos que rodeaban el lago. Desde allí arriba se podía ver toda la villa y parte de la ciudad entre medio de los cerros.

-Es hermoso, Walter.

-Sí, ¿no? Este es, era, el lugar preferido de mis viejos. Los domingos de primavera se traían el termo y el mate, y se pasaban horas acá arriba.

-¿Y vos?

-Cuando era chico me traían con ellos. Me gustaba. Ya de grande no vine más porque me aburría un poco. Era como más de lo mismo. Pero ellos nunca se cansaron - indicó él y después colocó la urna sobre una piedra desde la que se tenía una vista panorámica de 360 grados. Walter se sentó al lado de aquel recipiente tipo caja y ella hizo lo propio pero junto a él. Entonces, él extravió la vista en aquel óleo viviente hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Más allá del dolor que implica la pérdida de un ser querido, la muerte también debería renovar la fe de los que siguen vivos, simplemente por el hecho de que estos últimos persisten en la lucha. Sin embargo, en el caso de Walter, la desesperanza que lo invadía era inmensa y lo abrumaba, ya que consideraba que la de sus padres había sido una muerte completamente injusta y absurda, casi grotesca; lo que derivaba en una tremenda frustración ante la total imposibilidad de hacer algo al respecto.

Marina estaba en la cocina de la cabaña preparando un puré de papás y batatas con milanesas de pollo al horno para el almuerzo, aunque por la hora parecía más una merienda. Por su parte, Walter se encontraba en el jardín, sentado en la carretilla hecha con retazos de coihues que su padre, hacía muchos años, había convertido en una especie de banco de plaza y macetero a la vez. El joven miraba las plantas con flores de colores que su madre tanto cuidaba y luego posaba sus ojos en el cerro nevado. Y repitió esos movimientos apenas perceptibles mientras Marina, preocupada, lo vigilaba de reojo a través de la ventana de la cocina que daba a la parte trasera de la vivienda. De pronto, él se puso de pie en un solo y ágil movimiento y entró a la cabaña.

El muchacho se dirigió raudamente hasta la cocina, abrió las puertas del aparador que estaban justo debajo de la pileta para lavar los platos y tomó el cajón de las herramientas, del que sacó una palita de hierro, típica de jardinería. “Ya sé que es lo que voy a hacer. Acompañame”, le indicó a su novia.

Ella dejó de pelar las papas y lo siguió por el parque hasta que Walter se arrodilló junto a la carretilla, cuyas ruedas estaban enterradas en el suelo para quedar fijas en una misma posición, y comenzó a cavar un pozo. Después de remover la tierra y abrir un pequeño rectángulo en ella, colocó unas piedras dentro, cubriendo el fondo y las paredes, y depositó la urna adentro. Encima de la misma puso otras piedras y finalmente cubrió todo con más tierra.

-¿La vas a dejar así? ¿Acá?

-Sí, Mari. En definitiva, este es el lugar de mis viejos. Ellos mismos lo construyeron.

-Pero si vas a vender la casa va a venir gente extraña y esto va a quedar acá. ¿No te preocupa que quizás no puedas recuperar la urna?

-Falta mucho para que se venda y cuando se haga, la vengo a buscar. Pero mientras tanto creo que lo mejor es que ellos se queden en este lugar.

-Si vos lo decís...

-En este momento siento que es lo mejor.

-Está bien. Está bien. Sólo trato de que no hagas algo de lo que después te puedas arrepentir.

-Bueno, eso sólo lo voy a saber con el paso del tiempo, ¿no?

Marina permaneció callada pero asintió con un ligero movimiento de su cabeza, en tanto que Walter, agachado en el suelo a cuatro patas, terminó de acomodar la tierra hasta dejarla bien lisa y pareja, cómo si no existiera un pozo allí abajo.

Finalmente, el joven colocó unas piedras más encima, por protección, tras lo cual, se puso de pie de un salto, se sacudió el polvo de la ropa, tomó a su novia de la mano y la llevó a almorzar. Y esa misma tarde juntos partieron hacia la terminal de micros para emprender el largo regreso a la Capital, en la que habían dejado sus respectivas vidas en *pause*.



II

Walter estaba casi listo para salir de la pensión y comenzar una jornada que desde temprano ya parecía que iba a ser muy agitada. Era de mañana cuando abandonó la habitación doble que alquilaba él solo, ya que no tenía, por el momento, un compañero de cuarto. En ese dormitorio había dos camas separadas por una mesita de luz, justo debajo de la ventana que daba a un patio interno rectangular y a la sombra de los altos edificios linderos. La televisión estaba sujeta por un soporte metálico atornillado a la parte alta de la pared más angosta del ambiente, al lado de la puerta y del ropero de madera. No había baño y junto al muro más ancho se acomodaba una heladera con *freezer*. Todos los artículos eran del lugar. Lo único que él se había llevado desde su lejana cabaña familiar era la ropa, su teclado y su guitarra; además de algunos pequeños objetos personales, como cuadernos, carpetas y discos compactos.

En las hojas de sus cuadernos Walter había comenzado a plasmar el contenido de las clases del *Conservatorio* y en una de ellas, sobre el margen superior, había anotado el teléfono de la casa de *Gustavo Meza*. Como recordaba el número de aquel joven de memoria, lo había escrito como si se tratara de una nota de advertencia parecida a las que sus maestras del Primario le habían redactado en su cuaderno de comunicaciones cada vez que se portaba mal y querían advertir a sus padres de lo sucedido. Pero ahora no había problemas de conducta y nuestro protagonista debía llamar a Gustavo antes de salir de la pensión para avisarle que no iba a poder asistir a la clase de esa mañana porque tenía que ir a ver a un cliente especial al que sólo podía encontrar antes del mediodía.

El joven patagónico cruzó el largo pasillo que interconectaba todas las habitaciones desde la entrada principal hasta el extremo opuesto del inmueble donde se

ubicaba el baño, con dos duchas y dos *toilettes*. A uno de los lados del baño estaba la cocina comedor con los *lockers* individuales para que cada pensionado guardase su comida no perecedera; y del otro, una sala de estar, bajo un techo de policarbonato, con algunos escritorios utilizado por los chicos para estudiar, charlar o jugar a la cartas. En aquellos días de principios de cuatrimestre, cuando los exámenes todavía permanecían en el fondo de la lista de prioridades y lejos en el calendario, se había impuesto la moda de jugar al “*Triunfo*”, que era capaz de reunir a muchos participantes al mismo tiempo.

Las reglas básicas de este juego eran:

- Todos los jugadores comenzaban con cero puntos y el primero en llegar a los 100 ganaba la partida.
- La partida constaba de 20 manos. En la primera, cada jugador recibía una sola carta, en la segunda dos y así sucesivamente hasta llegar a 10; y luego en regresión hasta volver a una sola carta en la última mano.
- Cada mano la ganaba el jugador que bajaba la carta más alta, siendo el As el número de mayor valor. Sin embargo, el valor de las cartas estaba condicionado al “*Triunfo*”, que se determinaba cuando el que repartía daba vuelta una carta y ése palo se convertía en el más valioso de los cuatro.
- Las cartas “*Triunfo*” se debían bajar primero que las de los otros palos.
- Una vez que el jugador recibía sus cartas, y antes de comenzar a bajarlas, debía anunciar cuántas rondas de las manos pensaba ganar. Si cumplía con su “apuesta” sumaba 10 puntos, más 1 extra por cada ronda ganada. Sino, sólo sumaba los puntos de las rondas.

Con este juego, los chicos de la pensión se divertían hasta bien entrada la madrugada procurando cumplir con sus estrategias y, sobre todo, tratando de frustrar las

de sus competidores. Y así, con el correr de los partidos, en los que Walter prefería no intervenir demasiado, se estableció una clara diferencia entre los jugadores que sólo buscaban cumplir con su “apuesta”, de un lado; y los que no le daban tanta importancia al éxito de su juego y apuntaban a provocar el fracaso de los demás, del otro.

Junto a las mesas donde los chicos de la pensión parecían jugarse la vida en las cartas, estaba el teléfono que Walter buscaba esa mañana para comunicarse con su compañero.

-¿Hola Gus? Soy yo, Walter.

-¿Walter? ¿Qué hacés tan temprano? –Gustavo no pudo ocultar su voz de dormido luego de que su madre la llevó el tubo inalámbrico a la cama.

-Nada. Todo bien. Te llamaba para avisarte que hoy no voy a poder ir a clases, así que tomá buenos apuntes para que después me los pases.

-Ok. Pero, ¿por qué no llegás?

-Porque tengo que laburar. Después te cuento bien.

-Está bien, chabón. Pero no da que faltes apenas empieza la cursada. Y acordate que esta materia es fundamental para que nos den la tecnicatura a fin de año. Además, es correlativa con las de cuarto, para la licenciatura.

-Ya sé, ya sé. Hoy es una excepción. Ya me voy a organizar bien con el laburo para que no se me complique más en el conservatorio.

-Bueno, mejor. ¿Nos vemos a la noche en el ensayo, entonces?

-Sí. Dale. Un abrazo.

-¡Pará! ¡Pará!, otra cosa: ¿Vas a querer venir a *Montevideo*, al recital?

-Ni en pedo.

-Pero mirá que dicen que es el último....

-Dijeron lo mismo el año pasado cuando tocaron en *River*.

-Está bien. Vos te lo perdés.

-Sabés que a mí no me desvela la misa ricotera.

-Ok, ok. Nos vemos en la sala.

-Listo, chau -Walter cortó la llamado e inmediatamente salió a la calle, apurado.

Al abandonar la pensión advirtió que todavía estaba fresco, por lo que cruzó rápido la calle hacia la vereda opuesta que estaba fuera de las sombras. Se detuvo unos instantes para cerrarse la campera y al levantar la cabeza clavó la vista en el frente de su actual hogar, en el que se podían ver una puerta y dos ventanales altos, de dos hojas vidriadas. Parece una bizcochuelo, evaluó Walter, no por la forma de la pensión sino por el color con el que la habían pintado y que se combinaba a la perfección con el tono de la tenue luz del exterior.

Walter caminó cuatro cuadras hasta la estación de subte, ubicada junto a una plaza de paraísos raquítricos que habían desparramado sus pieles amarillentas en un suelo terroso, con apenas algunas manchas verdes a las que le quedaban unas pocas semanas de vida. Al bajar hasta la plataforma sintió que un vaho aceitoso se le pegaba en el pecho, por lo que volvió a desabrocharse la campera. Luego, mientras viajaba como ganado sintió la necesidad de sacarse el abrigo, pero tuvo miedo de perderlo, o que se lo arrebatara algún pillo que andaba a la pesca de un descuido, en medio de la apretada muchedumbre.

Cuando llegó a la terminal ferroviaria seguía rebotando contra la marea humana que se dispersaba entre los carritos metálicos dispuestos a lo largo de los andenes y de los que se desprendía un nauseabundo olor a frito que contaminaba todo el lugar. El joven tuvo que correr para no perder el tren a *Ramos Mejía* en el que finalmente consiguió un respiro quedándose parado entre vagón y vagón. Se apoyó contra uno de

los neumáticos en forma de tubo que conformaban el fuelle que unía un coche con el otro y cerró los ojos, agradeciendo el aire renovado que se filtraba por allí y alimentaban sus energías. Pero aquella pausa relajante fue breve ya que comenzaron a desfilar por la formación los habituales vendedores ambulantes que ofrecían todo tipo de productos a los gritos y con *slogans* que se repetían como en un disco rayado y que alteraron la paciencia de Walter, quien ya se conocía de memoria cada frase de aquellos comerciantes informales.

Al llegar su destino, el joven salió rápido de la estación con la inocente ilusión de poder realizar todo lo que tenía previsto e inmediatamente volver al conservatorio a tiempo o, al menos, para la hora final del práctico, lo que más disfrutaba. Estaba tan inmerso en esa idea que al cruzar la avenida ancha casi lo atropella un camión con acoplado que había picado en punta, separándose de la manada mecánica antes de que la luz del semáforo se pusiera en verde.

El Santo Bar estaba ubicado frente a la estación de trenes pero unos 30 metros más adelante en la cuadra, casi llegando a la esquina. De afuera, el local parecía muy chico y precario, ya que tenía paredes de cemento sin revocar y una puerta muy angosta sobre la que colgaba el cartel de chapa con su nombre de fantasía. A esa hora de la mañana estaba abierto ya que de lunes a viernes, al mediodía, preparaban algunas minutas y pizzas para la gente que trabajaba en la zona y se tomaba un rato para almorzar al paso y barato.

Walter abrió la puerta que se encontraba sin llave y entró. Estaba todo muy oscuro ya que el bar era largo y no tenía ventanas a los costados, sólo una especie de claraboya cerca de la entrada. Caminó hasta la barra y vio a un hombre con un repasador en la mano que se asomaba desde la cocina.

-Buen día. ¿Está Mario? -arrancó el joven mientras apoyaba su morral sobre una mesa de madera ubicada junto al mostrador.

-No, no está. ¿Qué necesita?

-Soy Walter Lima, el que le vende la cristalería desde hace unos meses. Necesitaba verlo.

-Pero ya compramos la semana pasada -señaló el hombre, confundido, al tiempo que estiraba su mano derecha, ya sin el trapo, para saludar al visitante.

-Sí, sí. Pero pasa que yo también tengo una banda de rock y la última vez que hablamos Mario me dijo que le trajera un *demo* para ver si me podía conseguir una fecha para tocar acá. Es más, me dijo que viniera justamente hoy a la mañana para charlar tranquilos.

-Mirá, yo soy *Miguel*, laburo con Marito y él pasó hoy por acá para abrir y después se fue a hacer unos trámites. Y no me dijo nada de que iban a venir a verlo.

-Ah... ¿Y no sabés si va a volver rápido?

-No creo, che. Está a *full* con la banda, el disco y ahora también el video.

-Sí, me dijo que les está yendo bien, que el disco se vende bastante. Pero no sabía nada del video.

-Lo filmaron el fin de semana pasado acá mismo.

-¡Qué buena onda!

-Estuvo muy bueno porque viste que él los fines de semana amasa las pizzas acá, además de tocar, así que invitó a un montón de gente y armaron una historia copada, con la banda tocando, la gente comiendo...

-Me imagino -Walter se esforzaba para que su tono de voz no evidenciara el malestar que le estaba provocando haber viajado en vano hasta Ramos Mejía y también

la envidia que sentía ya que a Mario le estaba yendo tan bien como él mismo quería que le fuese en sus propios proyectos.

-Y ahora está pleno con la edición, ¿viste?

-Claro, claro.

-La verdad es que no sé qué decirte, Walter. Si querés, dejame el demo y yo se lo doy.

-Pasa que la idea era otra, que yo se lo mostrara y arreglar para tocar. Pero bueno. Está bien. Te lo dejo a vos –el joven sacó de su morral un *casete* de 90' que se lo entregó a Miguel.

-Quedate tranquilo que yo se lo voy a dar. En serio. Igual, si querés llamarlo a la noche, por ahí lo encontrás acá –el encargado le dio una tarjeta con los datos del local.

-Ya tengo una. Me la dio Mario. Gracias.

-De nada, vieja. Volvé cuando quieras. Disculpá que no te pude ayudar mucho.

-No te hagas drama. Un gusto.

-Igualmente.

Los dos hombres se estrecharon nuevamente la mano, tras lo cual, Walter se colgó el morral y salió del bar hacia la estación ferroviaria para regresar a la Capital. Había hecho bastante rápido pero ya no tenía ganas de volver al conservatorio. Así que apenas se sentó en el interior del vagón más vacío que encontró apoyó su cabeza contra la ventanilla de plástico con marco de aluminio y se durmió. Sólo se despertó cuando en un tramo del recorrido apareció un ex combatiente de *Malvinas* que pedía una colaboración, aunque hablaba tan rápido y sin modular que apenas se entendía lo que quería decir. Es más, lo único que se distinguía con claridad era cuando terminaba una frase estirando la última sílaba que finalizaba en “A”.

Marina salió de la ducha con un toallón beige enroscado a su cuerpo desde sus pechos hasta debajo de sus glúteos. Además, tenía otra toalla cubriendo su larga cabellera ensortijada. La joven caminó en puntas de pie sobre el piso de parqué los pocos metros que separaban el baño de la cama, en la que Walter estaba tirado boca arriba, desnudo y mirando los canales de música en la televisión, y sentó del lado derecho del colchón, su preferido, ya que daba al *toilette* y a la puerta de la habitación.

Al verla, el joven se colocó justo detrás de ella y comenzó a acariciarle la espalda. De a poco fue corriendo el toallón y empezó pasar su lengua por la piel aún húmeda de Marina. “Pará, Walter. Me tengo que ir”, dijo la joven poniéndose de pie y alejándose de su novio. “Bueno, hay que aprovechar que tus viejos nos dejaron el departamento todo para nosotros”, replicó él. Ella lo miró y sonrió con complicidad.

-Si mis viejos se enteran de que estuvimos juntos todo el día acá, me matan. Y a vos también.

-¿Cuándo volvían de viaje?

-Esta noche.

-Bueno, entonces tenemos tiempo.

-Yo no, tengo que salir cuanto antes para el ensayo.

-Ok. Yo también tengo un montón de cosas que hacer... ¿Qué pasa? ¿No querés estar una vez más con el mejor amante que tuviste?

La muchacha no respondió y continuó secándose el pelo a un costado de la cama mientras que él, frustrado, se recostó boca abajo y estiró su brazo izquierdo hasta el primer cajón de la mesita de luz, de la que extrajo una tableta media llena de *maprotilina* que había dejado allí la noche anterior y tomó una de las pastillas.

-¿Cómo era eso que decías de que las pastillas te anulaban tu poder creativo? ¿Ese discurso de que no ibas a quemarte el cerebro, como los otros músicos, para poder

seguir soñando despierto? -preguntó Marina al observar como su novio tragaba la pastilla sin siquiera un sorbo de agua y mirando, distraído, hacia la ventana, desde donde se podía ver el río y, al mismo tiempo, percibir el ruidoso tránsito porteño. Y eso que el departamento estaba en un séptimo piso y no sobre una avenida.

-¿De qué hablás?

-Vos sabés muy bien de lo que estoy hablando... ¿O no te acordás que siempre decís que la imaginación es sagrada?

-No me jodas, querés. Eso es distinto, son recetas por un profesional.

-Eran recetas, supuestamente. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a ver a la psiquiatra?

Walter se sentó en la cama de un salto y, en silencio, se colocó el *slip* y la remera.

-Ahora, ¿me podés decir qué carajo te pasa, Walter?

-No sé Mari que pasa conmigo pero últimamente si sé qué pasa con vos.

-¿Conmigo? Si yo estoy igual que siempre.

-Justamente.

-¿Y eso que quiere decir? -la joven ya se había colocado sus dos piezas de ropa interior de algodón blanco y se volvió a sentar en el borde de la cama. Por su parte, Walter ahora estaba sentado con su espalda contra la pared y la mirada hacia adelante.

-A veces pienso que no sos la mujer ideal para mí. Y eso me hace dudar.

-¿Dudar? Vos no dudás. Vos pensás que la vida es como en tus canciones o las películas que tanto te gusta mirar una y otra vez, donde hay una persona que es perfecta para la otra. Y no tiene por qué ser así.

-Ajá. Y vos que sabés tanto, decime: ¿Por qué estás tan segura de que no es así? ¿Cómo te das cuenta?

-Mirá Walter, no me vengas con tu filosofía barata. Acá, el punto es que no sabés si querés seguir estando conmigo.

Walter se bajó de la cama y casi se cae cuando se quiso colocar los *jeans* a los saltitos. Así que tuvo que sentarse nuevamente sobre el colchón y lo hizo en el lado opuesto al que se hallaba Marina, quien lo seguía atentamente con su mirada, esperando una respuesta.

-Puede ser.

-¿Puede ser? Es así, sino, no lo hubieras mencionado. No me tomes el pelo, por favor. Lo menos que me merezco es que me digas la verdad -continuó ella, quien se paró y rodeó la cama hasta quedar frente a él.

-Está bien. Es así. Pero no quería forzar una situación como esta, de discusión, en la que pudieras salir lastimada. No es mi intención hacerte daño.

-¿Sabés qué? No tenés que aparentar que estás preocupando por mí. Primero, porque nunca lo hiciste realmente ya que sólo pensás en vos. Y segundo, porque yo sé cuidarme sola.

Walter calló y luego se dirigió directo al baño eludiendo la posición de Marina, quien en ese momento rompió en llanto. Mientras él estuvo encerrado allí adentro, ella terminó de cambiarse. “Cuando te vayas dejame la llave debajo de la alfombrita de la puerta, por favor, que yo te dejo abierto abajo”, dijo la joven del otro lado de la puerta y seguidamente salió del departamento llevándose todo por delante.

“... *Hagan juego, ya no es solo azar, todo es nuevo, no hay tiempo de más...*”, cantaba *Gustavo* los coros de la canción que habían compuesto con Walter hacía más de dos años y que había sido el punto de partida la banda de rock que ellos dos y *Luis*, en batería, habían formado. Los tres ahora ensayaban en la casa de “Lucho”, más

precisamente en su habitación que, con el permiso de sus padres, había sido acuatizada con paneles de goma espuma, en tanto que los pocos espacios libres de las paredes se encontraban adornadas con *posters* que mostraban ilustraciones bélicas y de monstruos relacionadas con diferentes grupos clásicos de *heavy metal*.

-Gustavo, el coro ése está mal, es medio tono más arriba -recriminó Walter al bajista al tiempo que se descolgaba su guitarra procedente de tierras patagónicas.

-Ya sé cómo es, pero me olvidé.

-La verdad, no puedo creer que te la olvides después de tantas veces que la tocamos -continuó el guitarrista mientras prendía un cigarrillo.

-Y bueno, ¿qué querés que haga? -retrucó Gustavo sin apartar sus manos del bajo.

Al ver que la discusión subía de tono, el baterista intercedió y propuso ensayar “*En soledad*”, la más reciente canción que se había convertido en la preferida de la banda para tocar en vivo.

-¡Dale! -exclamó el bajista, quien sacó de una carpeta de papel madera las hojas escritas en fibra negra y gruesa con la letra y los tonos de la canción-. El coro es en la parte que dice: ‘Cuando ya no sople más viento, voy a quedar en soledad’, ¿no?

-Pero chicos, hoy no podemos tocar ese tema porque no vino Marce y necesitamos el teclado, sino, suena para el culo, re vacío -señaló Walter, ofuscado.

-Bueno che, somos un *power trío* y vos sabés bien que *Marcelo* nos dijo desde un primer momento que no podía comprometerse a venir a todos los ensayos -aclaró Gustavo, quien ya comenzaba a perder su habitual calma.

-Ya sé, pero yo no puedo tocar la viola y el teclado al mismo tiempo.

Sería lo último que le falta: ser el hombre orquesta, pensó el bajista, quien ahora se descolgaba su instrumento con la clara premonición de que el ensayo no iba a

continuar. Por su parte, Luis seguía sentado detrás de la batería, jugando con los palillos como un malabarista, en tanto que Walter permanecía ubicado en un viejo sillón junto a la puerta del dormitorio/sala.

-¿Qué hacés, Gus?

-Nada. Guardo las cosas. Si no ensayamos “En soledad” no quedan otras canciones en la lista que practicar.

-Entonces volvamos a otra.

-¿Para qué? ¿Para qué te sigas quejando? Estoy cansado Walter...

-¿Sabés qué? -replicó el *frontman* poniéndose de pie de un solo movimiento-. Yo también.

-¿Ah sí?, ¿te cansaste de vos?

-No precisamente. Me cansé de esta situación en la que la banda no va para atrás ni para adelante.

-Ok. Te entiendo. Pero dejame decirte algo: está bien ser ambicioso pero es inútil pretender alcanzar la perfección.

-Yo no quiero alcanzar la perfección, eso es ridículo.

-No me digas. ¿Y no fue ése el problema con Marina?

-No mezcles las cosas, Gus. Un tema no tiene nada que ver con el otro. Van por carriles completamente distintos para mí.

-No soy yo el que las mezcla y el carril es el mismo: vos -indicó Gustavo, quien tomó la funda con su bajo ya acomodado adentro de la misma y abandonó la sala ante la mirada sorprendida de Walter y el silencio atónito de Luis.

Tras la partida del bajista, Walter guardó su guitarra en un estuche rectangular, hecho de goma y metal para que el instrumento no se dañara, incluso se lo podía arrojar

desde un balcón y la viola ni siquiera se iba a desafinar, y también se cargó al hombro su preciado teclado *Roland* en su funda original.

Luego guardó el resto de sus cosas, hasta las hojas de papel con las letras de sus canciones en manuscrito y las partituras, los capo traste, el afinador a batería y las púas, y se fue sin hacerle un solo comentario al pobre Lucho, quien seguía sentado en su banqueta pero ya sin hacer malabares.

“Chau”, se despidió Walter, en seco. “Después hablamos, ¿sí?”, respondió el baterista, como para apaciguar un conflicto que parecía sin solución. Pero el líder de la banda no le dijo más nada y se perdió de su vista rápidamente.

III

Walter se desplazaba por una avenida muy transitada y desde su posición podía ver todo gris. Había tanta gente y tantos sonidos que le costaba fijarse en la pequeña pantalla de su teléfono celular en la que leía el número de su exnovia. De alguna manera, ese descontrol lo hacía sentir como en el centro porteño, cuando todavía asistía al Conservatorio, un caos diario que ya había dejado atrás. Y no lo extrañaba en absoluto, por el contrario, prefería el barullo del conurbano bonaerense, bastante menos intenso aunque en momentos como aquel la diferencia no era tan marcada.

En esa zona del *Gran Buenos Aires* las calles eran de hormigón, no de asfalto y brea, por lo que se llenaban de baches con suma facilidad; sobre todo, a raíz de la acción del agua de lluvia en sitios con malos drenajes. Los caminos estaban bordeados por anchas veredas de baldosas que a medida que se acercaban al centro comercial se volvían más angostas. Es que los diferentes comerciantes sacaban del interior de sus locales la mercadería para poder exhibirla bien cerca de la gente, que caminaba de un lado al otro, apurada, sin tiempo a detenerse a ver una vidriera y mucho menos para entrar a cualquiera de los negocios. Además, los propietarios, para poder proteger los productos expuestos, colocaban techos de chapa y aluminio sostenidos por columnas de hierro enterradas a centímetros del cordón. En realidad, aquellas endebles estructuras no servían de mucho ya que cuando los transeúntes buscaban refugiarse en ellas de una tormenta invernal se mojaban, si pretendían descansar del sol veraniego se agobiaban y si querían resguardarse del viento de otoño se ensordecían.

Todas esas sensaciones era muy similares a las que experimentaba Walter cada vez que se tomaba un tren entre la Capital y el extremo más al oeste del recorrido, donde estaba el agite. Para el joven, ése lugar era un campo de batalla, el escenario de

una guerra entre dos tiempos que se lo disputaban a él y que no iba a ser recordada por una fecha precisa porque abarcaba una extensión que parecía infinita.

Ahora, Walter iba en el asiento del acompañante de la vieja, pero bien conservada, camioneta que conducía *Francisco Doué*, por entonces, el único propietario de aquel vehículo modelo 78 que había estado en su familia más tiempo que él. Mientras que en el asiento trasero estaba *Sergio Tours*, quien le indicaba al conductor el camino a seguir.

-¿Qué es eso? -preguntó Walter a Francisco, quien seguía con el dedo unas indicaciones escritas en un trozo de papel amarillo.

-Me lo escribió Dani.

-¿No sabes dónde está la sala?

-Sí sé dónde está -respondió Francisco tajante, mientras seguía revisando el mapa improvisado-. Quedate tranquilo.

El tránsito estaba muy enredado ya que las obras de restauración del antiguo paso a nivel junto al estadio de fútbol del club local no habían concluido. Las gastadas paredes de las tribunas todavía conservaban pedazos de los afiches por los festejos del *Bicentenario de la Revolución de Mayo* y todos los vehículos, muchos de ellos pesados, debían desplazarse por una calle perpendicular a la entrada para el público visitante que consistía en un camino estrecho y hundido que se prolongaba unas dos cuadras hasta la esquina donde se erigía un tanque de agua municipal de unos 20 metros de alto y de puro concreto. Se trataba de una estructura tubular y fina que se iba ensanchando hacia la cima donde se incrustaba en otra de forma circular y más ancha.

Sergio tiene razón, se parece a un clavo, pensó Walter mientras pasaba por delante de aquella peculiar construcción y recordaba la leyenda urbana que le había contado su amigo cuando apenas se había mudado al barrio y le juró que ese tanque, en

realidad, unía todo el barrio al suelo. Si lo sacan, ¿se desarmará todo?, se preguntó el joven al tiempo que la camioneta se acercaba al nuevo paso bajo a nivel en el que todavía se podían ver a los obreros ultimando detalles con sus perforadoras hidráulicas y otras maquinarias ruidosas que cavaban frenéticamente, como si pretendieran llegar hasta las entrañas de la Tierra, buscando oro negro, aunque esto fuese algo imposible de lograr en ese rincón del planeta.

De pronto, cuando el vehículo atravesaba la mitad del túnel, la marcha se hizo casi a paso de hombre.

-¿Por qué viniste directo por acá? -Sergio estaba inquieto y se ataba su cabellera dorada con una gomita, formando una cola de caballo que dejaba al descubierto sus tupidas y largas patillas, de un vello más oscuro que el que cubría su cabeza.

-¡¿Por qué no me dejás tranquilo?! -respondió el conductor, ofuscado.

Al lado de Francisco, Walter seguía contemplando el teléfono que descansaba en su mano derecha.

-¿Qué pasó con Marina? -Sergio se asomó por arriba del respaldo del asiento delantero y miró a su amigo, quien apenas atinó a encogerse de hombros, con cierta resignación.

-Nada nuevo, cada vez que trato de llamarla me dice que el teléfono celular está apagado o fuera del área de cobertura. Para mí que Vanesa lo anotó mal. No puede ser que nunca conteste.

-Capaz que cambió de línea y el número que vos tenés no lo usa más -intervino el conductor.

-Puede ser -sostuvo Walter, quien seguía apretando los pequeños botones del aparato.

-Lo que no entiendo, Walter, es por qué la estás llamando justo ahora -retomó Sergio.

-No sé. Hace tiempo que quiero hablar con ella. Aunque sea para saber cómo está, cómo la está tratando la fama.

-¿Y Vane qué onda? Volviste a retomar su amistad con beneficios.

-No, ahora sólo somos amigos.

-¿Entonces?

-Entonces nada. Es sólo una amiga que nos viene a ver siempre, desde hace años. Y la otra no atiende el teléfono. Ya fue. Vamos a la sala y concentrémonos en lo nuestro -Walter dejó de enfocarse en la pantalla del celular y miró a su compañero a los ojos-. Trajiste una copia del video, ¿no?

-Sí. Igual, no entiendo para qué.

-La pidió el dueño del estudio. Parece que no le alcanzó una copia del disco y del demo con las nuevas canciones.

-Sabés que cuando lo copiaba me lo puse a ver. Hacía rato que no lo hacía y la verdad es que está muy bueno el video.

-¡Ni hablar!

-Seguro -agregó Francisco en el mismo momento en que el tráfico se detuvo por completo.

Instantes después se escuchó un terrible estruendo, como si se hubiera tratado de una explosión, luego un zumbido muy agudo seguido de un cegador haz de luz que atravesó el túnel del paso bajo a nivel como un rayo fugaz y a su paso todo se agitó, como si un jet hubiera volado rapazmente a centímetros de los techos de los vehículos. Y a esa convulsión le siguió una oscuridad cerrada y un silencio absoluto.

“¡Mierda!”, exclamó el conductor que veía como los instrumentos de la Volkswagen parecían haber muerto. “¡No salgan!”, les indicó a sus dos acompañantes mientras trataba de poner en marcha el vehículo.

Walter, quien llevaba una camisa azul arrugada y desabotonada casi por completo, el pelo largo y enmarañado, y una tupida barba, sintió que debajo de sus pies la tierra seguía temblando. Entonces cerró los ojos y apretó fuerte el celular que aún conservaba en su mano.

El calor empapaba la remera de Walter, quien se disponía a terminar su mudanza al departamento que días atrás había alquilado en un segundo piso de un añoso edificio situado en plena avenida principal de *Caseros*. Estaba colocando el estuche de la guitarra y la funda del teclado dentro del ascensor cuando se cruzó con un joven que bajaba las escaleras a la carrera. “No vas a poder hacer demasiado ruido por acá. Hay muchos vecinos viejos y quejosos”, le dijo un muchacho de pelo rubio, corto y peinado con gel. Aparentaba una edad similar a la de Walter pero a diferencia de aquel tenía un rostro pálido y ojos celestes.

Por su parte, Walter le devolvió una mirada cortés, asintió ligeramente con la cabeza y siguió concentrado en su tarea, callado.

-¿Necesitás que te de una mano? -se ofreció el rubio.

-No, gracias- respondió Walter para no parecer un malhumorado que no hablaba con desconocidos-. Está bien. Sólo tengo que subir al segundo piso.

-Ok. Mi nombre es Sergio, un gusto.

-Soy Walter -el flamante inquilino soltó por un momento las correas de la funda y estiró su mano para estrechar la de su interlocutor-. ¿Vivís acá?

-No, vivo a unas cuadras, con mis viejos.

-¿Y qué hacés en el edificio?

-Vine a ver a un amigo, Francisco, del séptimo “A”. Vive con la novia y como es baterista, tiene pocos amigos por acá, ¡jajá!

-Me imagino. ¿Y vos tocás también?

-Sí, el bajo y un poco la viola.

-Bien ahí.

-Sí, que se yo. Me defiendo como puedo.

-Como todos.

-Tal cual.

-Bueno Sergio, mejor sigo con la mudanza. Un gusto conocerte y espero que nos veamos de nuevo.

-¡Dale! Igual, yo laburo en un negocio que está acá, sobre la avenida, así que seguro que nos vamos a cruzar seguido.

-Buenísimo.

Sergio caminó hasta la puerta y se detuvo. Luego se volvió hacia Walter, quien aún estaba luchando contra el poco espacio del ascensor.

-Che, Walter. Hoy a la noche nos juntamos en lo de Francisco. Si querés venite, así lo conocés y seguimos charlando.

-Veo, si termino con todo esto temprano y no estoy muerto de cansancio me pego una vuelta.

-Te espero -concluyó un Sergio sonriente que salió del edificio por la puerta vidriada y cruzó la avenida al trote, escapándose de la vista de Walter, quien se introdujo en el elevador, ahogado en sudor.

A la noche, reunidos alrededor de la mesa del departamento de Francisco, éste, su novia *Valeria* y Sergio bebían cerveza y fumaban la última *tuca* hasta quemarse la punta de los dedos, mientras de fondo se escuchaba la voz de un *rockero* con tonada española. Habían comido unas pizzas antes de que llegara Walter pero cuando el anfitrión le ofreció al visitante unas porciones de mozzarella que habían sobrado, éste le dijo que no tenía hambre, a lo que Valeria le sugirió que mejor comiera sino iba a “desaparecer” de lo flaco que estaba. Sin embargo, el huésped, que por entonces ya llevaba un par de años alejado de su fría ciudad natal, aún no se había acostumbrado a comer cuando hacía tanto calor.

-¿Dónde vivías antes, Walter? -preguntó el dueño de casa, un morocho bajo y granítico.

-En una pensión en Capital, cerca de donde estudiaba.

-¿Pero sos de la Capital? -intervino Sergio.

-No, no. Soy del sur.

-¿De Lomas o por ahí?

-No, de la Patagonia. Cuando terminé el secundario me fui a estudiar a Capital.

-¡Ah, mirá vos! ¿Y de qué parte?

-De Bariloche.

- ¡Ah, qué lindo lugar! Las montañas, el lago, la nieve...

-Ajá.

-Yo estuve ahí, una vez sola, en el viaje de egresados. Pero no me acuerdo mucho.

-¡Y claro! Si te la pasaste con Valeria encerrado en la habitación -acotó Sergio.

-¡¿Y vos de qué te la das?! ¡Si te acordás menos que yo porque te la pasaste todo el tiempo en pedo!

Valeria largó una carcajada y luego rodeó el cuello de su novio con sus brazos y lo besó en la mejilla. Sergio, en tanto, sonreía y meneaba la cabeza.

-Bueno, Walter -retomó Francisco-. Bienvenido al conurbano, donde las únicas montañas que vas a ver son las de la basura.

-Es cierto, cada vez hay más basurales, che.

-¿Y con esta alianza en el gobierno que esperabas? -preguntó Francisco mientras se servía otro vaso de cerveza-. Estamos cada vez más cerca del infierno...

-¿Vos votaste a esta alianza? -inquirió Sergio a Walter, quien miraba cómo el anfitrión refunfuñaba por lo bajo.

-No -respondió el patagónico, tajante.

-Ah, entonces nos vamos a llevar bien ¡Jajá!

-Eso espero -afirmó Walter, después bebió un sorbo de su cerveza y volvió a apoyar el *chopp* sobre la mesa-. Che, cambiando de tema, ¿ustedes tienen una banda?

-En realidad no: sólo nos juntamos desde el secundario a tocar, hacemos *covers* y tenemos algunas canciones propias pero como los dos laburamos, yo también estudio, y Francisco hace poco que se mudó, nunca se nos dio. ¿Y vos?

-Cuando estudiaba en el Conservatorio formé una banda con otros chicos de ahí. Se llamaba *Van Guard*. Teníamos temas nuestros e hicimos un demo, pero nunca llegamos a tocar con público. Así que no hay mucha diferencia.

-¿Y qué música hacían?

-Medio raro, porque queríamos ser un *power* trío, pero terminábamos haciendo temas más parecidos al rock psicodélico, con bastante teclado.

-Como en los setenta.

-Claro, pero no tan progresivo.

-Nosotros hacemos música un poco más pesada. No metal, pero más tirando al *hard rock*.

-Si quieren un día nos juntamos a *zapar*.

-Dale, yo conozco un par de buenas salas de ensayo por la zona -indicó Sergio.

Francisco también aceptó la propuesta pero le pidió a su viejo amigo que lo dejara a él buscar la sala de ensayo más adecuada. “Vos no tenés ni idea, perejil”, le dijo el baterista, medio en broma, medio en serio, por lo que se originó una breve discusión a la que se sumó Valeria.

Walter siguió escuchando la conversación de aquellos tres amigos que parecían tener una historia en común que se remontaba a la infancia y eso le llamó la atención. Luego de un rato que permaneció callado y tras beber un par de vasos más de cerveza, el huésped agradeció la invitación y regresó a su departamento, cansado y con la ilusión de poder, al fin, dormir varias horas seguidas después de muchos días de trajinar de un lado al otro, sin parar.

Walter recién abrió los ojos cuando dejó de sentir el temblor bajo sus pies casi descalzos ya que a pesar del último fresco invernal, no llevaba medias, sólo unas zapatillas de lona. El joven patagónico observó que ya no se encontraba adentro de la camioneta, sino que estaba sentado sobre un amplificador con potencia incorporada. Estaba cabizbajo y miró su mano derecha en la que ya no sostenía un teléfono celular, sino un micrófono. Soltó aquel aparato y esa misma mano la pasó por su rostro y notó que estaba afeitado al ras. Luego palmeó su cabeza y advirtió que llevaba el pelo corto. Entonces se miró el torso y vio que le colgaba su guitarra, la que sostenía con su zurda. “¡Ey! ¿Qué pasó que dejaste de cantar?”, se escuchó decir al operador desde el interior

de la cabina de control y a través del retorno de la sala donde estaban los músicos. “¿Qué están esperando?”, continuó al ver que Walter permanecía inmóvil.

El joven estaba confundido y se quedó mudo. Sentía un fuerte dolor de cabeza que lo mareó un poco cuando intentó ponerse de pie. Le pesaba el cuerpo pero, al mismo tiempo, lo sentía flojo. Una vez reincorporado, echó un vistazo a su alrededor y reconoció a Gustavo, quien estaba a su lado, sosteniendo el bajo y viéndolo extrañado. “¿Estás bien?”, le preguntó, pero Walter no le respondió. “¿Te olvidaste la canción?”, continuó el bajista que se le acercó y colocó su mano en el hombro. “Che, Walter ¿No me digas que por un par de meses sin tocar juntos ya no te acordás de cómo seguía el tema?”, insistió Gustavo, pero no obtuvo ninguna respuesta.

En ese momento, el operador salió de la cabina vidriada como una pecera, entró a la sala raudamente y se paró justo enfrente de los dos muchachos, a escasos centímetros de distancia. “¿Hay algún problema?”, inquirió, molesto, a lo que Walter siguió en silencio, con sus ojos bien abiertos y tratando de entender que le estaba ocurriendo. Miró por arriba de su hombro y sentado detrás de la batería no vio a Luis, sino a otro joven al que no conocía. Este muchacho, con más temor que dudas, miraba a Gustavo y al operador que seguía aguardando alguna respuesta.

-¿Y? -repreguntó el encargado de la grabación del demo que se estaba llevando a cabo a pedido del cantante y guitarrista que pretendía registrar unas canciones nuevas.

-Perdón. Es que tuve un sueño -balbuceó Walter al fin.

-¿Ah, sí? ¿Y qué estabas soñando?

-Que estaba en una camioneta, pasando por un túnel oscuro. Pero no me acuerdo del resto...

-Bueno, al menos podés hablar -intervino Gustavo y luego lo palmeó en el hombro.

El operador se alejó unos pasos de Walter y con sus manos detrás de la espalda, sobre la que se podía leer “*El Pozo Ciego*” en letras blancas y grandes impresas en el lomo de una remera negra que la revestía, se dirigió al grupo: “Bien, vamos desde el principio. Y no nos queda otra que terminar de grabar esta canción como salga en la próxima toma y en los minutos que faltan antes de que lleguen los chicos de la otra banda”. Tras el reproche, el técnico volvió a su habitáculo de vidrio, se sentó en su silla giratoria y con rueditas, se colocó los auriculares y esperó, impaciente, que los músicos del dieran el “OK”.

En la sala, el baterista acomodó la ubicación de los platos y los *toms* y tanteó suavemente el rebote del pedal buscando estar listo para volver a tocar. La habitación era un cubo pequeño, típico de un estudio de grabación sencillo. Con todas sus paredes acuatizadas, el piso de parqué y alfombrado, y cajas de sonido por todos lados, hasta algunas colgando del techo, para ahorrar espacio vital.

-Espero que tu sueño haya valido la pena -le dijo Gustavo, por lo bajo, a Walter, mientras volvía a enchufar el cable que iba desde su instrumento al amplificador.

-Perdón. Fue algo muy loco. Pero ya pasó.

-¿Seguro que te sentís bien?

-Sí, eso creo -respondió Walter, quien ahora movía los dedos de ambas manos para hacer entrar en calor sus herramientas de trabajo.

El operador escuchó a los dos jóvenes que seguían hablando y volvió a insistir: “Chicos, no perdamos más el tiempo, por favor”. Entonces, Walter, aturdido, se acercó hasta el vidrio de la pecera para hacerle una pregunta pero al ver la imagen de su cara reflejada en aquella lisa y llana superficie creyó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada, por lo que los cerró presionando fuertemente los párpados hasta que unos segundos después sintió que volvía a quedar preso de la oscuridad más profunda.

IV

Los almohadones del sillón ya estaban hechos un bollo, completamente deformados. Walter había dormido allí, vestido, para no perder tiempo en cambiarse de ropa. Así, cuando sonó el timbre, el joven se reincorporó de un salto, tomó el estuche de su guitarra y bajó al hall del edificio donde lo esperaba Francisco, quien ya había colocado la funda con los platillos y el bolso con el redoblante y el pedal de bombo en su camioneta. “Recién hablé con Sergio y me dijo que ya está listo ¿Vamos?”, indicó el baterista con sus ojos entreabiertos, cansados por la falta de sueño y el clima gélido de la madrugada.

Mientras que estos dos jóvenes sí se habían acostado a dormir al menos un rato porque después del recital tenían que ir a trabajar y no podían llegar tarde, Sergio, en cambio, había permanecido despierto toda la noche porque sabía que, de lo contrario, iba a quedarse dormido y nunca llegaría a tocar a tiempo. Al mismo tiempo, los tres músicos venían con cierto entrenamiento para levantarse a esa hora en un día de semana ya que se habían juntado a ver muchos de los partidos del *Mundial de Fútbol* que había finalizado unas semanas antes en el *Lejano Oriente*.

-¿Cómo que no dormiste? -preguntó Walter al bajista una vez que éste abordó la camioneta.

-¡¿Y qué querés?! Éste labura con los viejos y puede llegar a cualquier hora- intervino el baterista que conducía con las luces altas en dirección al gimnasio municipal donde se desarrollaría un festival de música muy especial.

-No sólo puedo llegar tarde sino que ya me pedí el día -respondió Sergio con una sonrisa y palmeando a Walter en la espalda.

-Me imagino. Si todo esto fue idea tuya -añadió Francisco.

Sergio se había inscripto junto a los otros dos músicos en el festival organizado por la Municipalidad que buscaba romper el récord *Guinness* de música en vivo y sin parar. Para ello se había dispuesto que durante toda una semana tocara una banda tras otra en dos escenarios montados en el interior de un remodelado gimnasio. Pero no había shows simultáneos, sino que cuando terminaba el recital de una banda en un escenario recién comenzaba en el otro. De esta manera, donde no se tocaba, el grupo saliente desarmaba el *set* y el entrante armaba el suyo.

Además, los organizadores, para hacer este evento aún más atractivo, habían dispuesto que en el horario central de las 22 tocara un grupo o un artista reconocido por día. Así, el festival tuvo mucha publicidad, especialmente en gráfica y la vía pública, y las bandas se inscribieron en masa, por lo que los músicos ignotos terminaron tocando a cualquiera hora.

-Bueno che, piensen que los diarios de la zona le están dando bola al festival ¿Quién te dice? Capaz que nos mencionen -se reconfortó el bajista ante las miradas insatisfechas de sus dos compañeros.

Al arribar al gimnasio sólo había personal de seguridad en la puerta que, a su vez, estaba custodiada por unas vallas de hierro pintadas de blanco, las cuales resultaban absolutamente innecesarias en ese momento en el que el lugar y sus alrededores se encontraban casi desiertos y sólo se oía el soplido de un solitario viento. Sin embargo, dichas vallas sí eran útiles para los shows de los músicos famosos que atraían una gran cantidad de público.

Una vez en el interior, los tres jóvenes fueron hasta la mesa de control donde se anunciaron. Para su sorpresa, la encargada de recibirlos les condujo hasta el camerino que les habían asignado y que se ubicaba en un pasillo detrás de los dos escenarios. En

realidad, el camerino no era más que un *box* donde había una mesa ratona y unos banquitos para sentarse y esperar el turno para subir al escenario.

Afuera del *box* había varias máquinas de café, por lo que Walter y Francisco se abalanzaron sobre ellas para tratar de quitarse la somnolencia y también apaciguar el frío que había dentro del enorme gimnasio que parecía más grande de lo que en realidad era debido a la prácticamente nula presencia humana y el consecuente exceso de espacio libre. Luego de varias infusiones, los tres se sentaron alrededor de la mesa y decidieron la lista de temas.

-Es un *set* corto, así que hagamos los *covers*. Van a levantar un poco la onda del lugar -propuso Sergio.

-¿Y nuestras canciones? -preguntó Walter-. Si es poco el tiempo que tenemos prefiero tocar nuestros temas, así la gente los va conociendo.

-¿Qué gente? -el bajista levantó ambas manos con las palmas hacia arriba y pegando las yemas de los dedos.

-No me hagas montoncito, ¿puede ser?

-Wally -intercedió Francisco-, Sergio tiene razón: no vamos a tocar para nadie, así que hagamos temas conocidos para despabilarnos nosotros un poco. Además, a algunas de nuestras canciones.

Walter miró a Francisco y luego comenzó a escribir en el papel las canciones que iban a tocar y los tres estuvieron de acuerdo tras una breve discusión que fue interrumpida por la encargada de la mesa de control que venía a anunciarles que ya podían acercarse al escenario 1 donde les iba a hacer una entrevista para el canal de televisión local. “Les dije que esto podía ser buena publicidad”, indicó el bajista a los otros dos jóvenes.

Más que una entrevista fue una breve presentación de la banda grabada en video. Cada uno de los músicos dio sus datos personales y agradeció a la organización por el espacio que les estaban otorgando no sólo a ellos sino a las demás banda del *under* local, tras lo cual, subieron al escenario a armar el *set*.

-Esa nota no va a salir nunca en la tele -dijo Walter al baterista.

-Bueno, Wally. No seas tan mala onda, che -respondió Francisco mientras ajustaba el *tilter* del *hi-hat* que le había provisto la organización del festival y que funcionaba mejor que el suyo, bastante afectado por el prolongado uso-. ¡Listo!

El baterista, ya sentado cómodamente en su banqueta y con los palillos en sus manos, observó al bajista, éste levantó el pulgar y ambos miraron luego a Walter, quien asintió con un ligero movimiento de su cabeza. Así, los tres amigos empezaron a tocar a pesar de que el auditorio estaba solamente ocupado por los integrantes de la banda que les seguía en el escenario 1 y la que estaba asignada al 2.

El *mini shop* de la estación de servicio comenzaba a recibir a los automovilistas que se detenían brevemente en el camino a sus lugares de trabajo para cargar combustible y comprar alguna bebida o comida para suplantar o complementar el desayuno durante el viaje. En una mesa junto al ventanal que daba a la playón donde la hilera de surtidores estaba toda ocupada y hasta con cola de vehículos, Walter, Francisco y Sergio tomaban un café con leche con medialunas luego de haber tocado en el festival. Ya era de día pero el sol aún no había podido asomarse entre las pesadas nubes cargadas de humedad.

-¿Qué les pareció? -preguntó Sergio con la boca llena.

-El sonido estuvo bien. Había buenos equipos, ¿no Wally? -señaló el baterista justo antes de llevarse la taza a la boca para apaciguar su garganta reseca.

Walter ya había terminado su bebida y miraba hacia fuera; y luego del segundo llamado del baterista recién se volvió hacia la mesa.

-Sí, sonó bien. Pero a mí no me gustó como tocamos.

-Eso porque nos falta ensayar más. Pero para mí estuvo bueno -indicó el bajista.

-Estuvo bueno para vos porque fue algo raro, por el día y el horario. Toda la movida lo fue, con eso del récord.

-Justamente. Fue algo especial, por eso estuvo bueno.

-Sí Sergio, te entiendo, pero vos pensá que, en definitiva, somos decenas de bandas que pasamos por lo mismo y eso le quita lo especial a la situación.

-¿Qué querés decir? -intervino Francisco apoyando su taza sobre la mesa con tanta fuerza que hizo vibrar la cucharita apoyada justo al lado de la misma.

-Que, de tantos que éramos, terminó siendo algo común y corriente para todos. Y si quisiéramos ser una banda que esté con la masa, haríamos cumbia o rocanrol. Pero ninguno de los tres quiere eso, ¿o sí?

-No.

-No.

-Bueno, entonces estamos de acuerdo en que estos shows no garpan.

-Puede ser -evaluó el bajista-. Pero no te olvides que vos siempre decís que hay que salir a tocar la mayor cantidad de veces posible.

Francisco asintió en silencio y terminó su bebida con un trago largo, mezclado con mucha saliva.

-Eso es cierto, pero nosotros estamos para mucho más. Tenemos que destacarnos con nuestro propio estilo y para eso hay que tocar en shows más largos y si lo hacemos solos, mejor. Así también vamos a ir generando nuestro público.

-Eso suena bárbaro, Walter, pero seamos realistas: no es tan fácil lograrlo - Francisco se puso de pie y sacó del bolsillo de su campera las llaves de la camioneta. Ya era su hora de irse a trabajar.

-Francis tiene razón. Aunque tampoco hay que dejar a apuntar más alto -señaló el bajista con dejo de resignación y siguió los pasos del conductor asignado-. ¿Vamos?

Entonces Walter se puso de pie y relajando su semblante se abrazó con sus dos compañeros. “Muchachos, esto recién empieza pero hay que ponerse las pilas”, les dijo el líder de la banda a sus amigos.

Y en ese preciso momento entró al lugar el vecino del 4to. “B” del edificio donde vivían Francisco y él y el hombre los miró extrañado.

-¿Qué hacen acá, los tres juntos y a esta hora? ¿No es demasiado temprano para ustedes? –inquirió el vecino a los jóvenes, quienes comenzaron a reírse a carcajadas.

-Es que acabamos de entrar el libro *Guinness* de los récords –respondió Sergio al tiempo que trataba de contener la risa.

-Ustedes están locos, ¿lo sabían? –bromeó el vecino y luego se dirigió a la caja a pedir unos cigarrillos.

Los músicos se despidieron del hombre y abandonaron la estación de servicios a bordo de la camioneta. Minutos después, Francisco dejó a Sergio en la casa, donde éste se volvió a acostar, mientras que a Walter lo llevó hasta la parada de colectivos para que partiera hacia la cristalería. Sin embargo, antes de ir a su lugar de trabajo, el baterista regresó a su departamento para estar un rato más junto a su mujer.

El sol claro y firme que se había desplegado durante todo el día comenzaba a quedar opacado por los nubarrones que ahora dominaban la tarde. Apenas una tenue luz se filtraba por la persiana de madera del ventanal delantero del estudio de grabación. Por fuera se trataba de un moderno chalet de ladrillos a la vista barnizados y con techo de tejas rojas y a dos aguas. En la parte posterior había un jardín delimitado por tupidas ligustrinas y que se veía pequeño, aunque no lo era, ya que en el fondo estaba la pileta de fibra de vidrio celeste. Y como ésta no ocupaba todo el ancho del terreno, a uno de sus lados funcionaba una parrilla.

Al salir por el frente de la vivienda se accedía a un patio interno de baldosas donde había un juego de mesa y sillas de hierro pintado de negro y algunas masetas con flores. Ese espacio era, a su vez, el patio trasero de la casa ubicada en la parte delantera del terreno y que era una construcción muy parecida a la de atrás, pero más amplia. Allí vivía *Enrique Balestra*, conocido en el ambiente como “Quiquín”, el dueño del estudio.

Este productor musical había montado en su vivienda una oficina que, justamente, daba al patio interno y así podía tener una amplia vista de lo que ocurría en la sala de grabación que, por dentro, constaba de dos amplias habitaciones vidriadas, una al lado de la otra. Delante de las mismas estaba la pecera que ocupaba todo el ancho del inmueble y en cuyo interior funcionaban dos grandes consolas para que los técnicos pudiesen operar ambas al mismo tiempo.

Los equipos eran de última generación, importados y costosos. Enrique traía todo desde los *Estados Unidos*, adónde viajaba al menos una vez al año para trabajar con alguna de sus bandas, especialmente en Miami. Años antes, cuando la economía estaba dolarizada, pudo viajar más seguido y de esa manera terminó adquiriendo todo lo necesario para montar un estudio de primer nivel y que se completaba con un cómodo living para recibir a la visita y distraerse un rato mirando un televisor que permanecía

casi siempre encendido en los canales de música. El resto de la decoración se basaba en una larga hilera de afiches de conocidas bandas y shows, y fotografías de los músicos posando junto a Enrique.

“Parece que se viene una tormenta”, señaló Enrique al entrar al living y bajar la persiana ante la mirada de *Carlos Fierro*, quien estaba acompañado por *Daniel Gustosi*. Estos dos habían estado sentados en los sillones, esperando pacientemente, y cuando el dueño del estudio entró se pusieron de pie enseguida para saludarlo. “Charly” Fierro ya lo conocía desde hacía años pero no habían trabajado juntos en mucho tiempo. Ahora, sólo compartían anécdotas y las canas en sus cabelleras cada vez menos tupidas. Mientras que para Daniel era la primera vez que veía al productor en su joven vida.

-¿Sabés algo de Mario? -preguntó Enrique a su viejo compañero de andanzas al tiempo que los tres hombres se acomodaron alrededor de la mesita ratona en la que se levantaba una alta pila de revistas y folletos.

-Poco y nada. Sé que estaba buscando bajista, así que no está haciendo gran cosa, además de seguir con el bar, claro.

-¿Qué pasó con el Pelado?

-El Pelado la terminó de limar. Ahora sufre de ataques de pánico y le tiene fobia a la gente. Así que dejó la banda.

-Bueno, el Pela siempre fue bastante complicado en ese sentido.

-Cierto. Pero ya no podía estar encerrado en un estudio y menos subirse a un escenario a tocar delante del público.

-¡Qué macana! Para él, digo, porque para Mario es una buena oportunidad de buscar un mejor bajista.

-Por ese lado tenés razón. Pero no te olvides que Mario y el Pelado aprendieron juntos a tocar cuando eran chicos. Son amigos de toda la vida. Es difícil una situación así par la banda, para cualquier banda.

-Y hablando de bandas, ¿cuándo llega el resto de los músicos?

-Ya deben estar por llegar. Quedate tranquilo. Acá está el guitarrista, así que por algo podemos empezar –Carlos extendió su brazo con la mano abierta en dirección a Daniel, quien había permanecido callado, atento a la conversación de los otros dos.

Daniel era un muchacho de baja estatura, desgarrado, con un pelo enrulado bien corto y unos ojos achinados disimulados detrás de sus amplias gafas. Esa tarde llevaba tres guitarras, una acústica y dos eléctricas, todas prestadas por su padre, quien en los '70 había tenido cierto éxito con cierta música popular, la misma que había sido utilizada políticamente para tratar de convencer a la gente de que estaba todo bien, cuando, en realidad, en el país se vivía una guerra.

“¿Quieren algo de tomar mientras esperamos?”, ofreció Enrique. “No, gracias”, respondieron casi a coro Carlos y Daniel, a lo que el dueño del estudio anunció que él si iba a buscar alguna bebida a la casa y que enseguida regresaba.

Hacía un rato largo que Sergio, Walter y Francisco habían salido de la casa de los padres del primero de ellos hacia el estudio de grabación al que asistían por primera vez luego de una extensa negociación de Carlos, quien ahora los esperaba nervioso, fumando y llamando insistentemente al celular de los chicos aunque ninguno de ellos le respondía.

-Ya pasó mucho tiempo desde que salieron. ¿Por qué no llegaron todavía? No estamos tan lejos y tampoco creo que se vayan a perder -el *manager* de la banda agitaba su teléfono móvil con el que pretendía comunicarse con sus músicos.

-No sé -respondió Daniel-. A mí me pasa lo mismo. Desde mi celular no me puedo conectar. Es como si sus teléfonos estuvieran apagados o fuera de servicio.

-¡Qué cagada!

-Quedate tranquilo. Ya van a llegar.

-Yo, en tu lugar, estaría más preocupado por los músicos de mi banda.

-¿Y qué querés que haga?

-No sé -Carlos se encogió de hombros-. Lo único de lo que estoy seguro es que si vuelve Enrique y los pibes no están acá, se pudre todo.

-¿Para tanto, che?

-Quiquín es un tipo al que no le gusta perder el poco tiempo que tiene disponible y ustedes no se dan una idea de lo mucho que me costó convencerlo de que nos reciba.

-Bueno, Carlos. Pará un poco- el guitarrista clavó sus ojos en la tensa mirada del *manager*-. Ya van a llegar. Relajate.

-Hagamos una cosa: vos quedate a esperarlos acá que yo voy para la oficina de Enrique y lo entretengo allá. Así vamos ganando algo de tiempo.

-Ok. Como quieras.

Carlos salió del estudio, cruzó el patio al trote y se introdujo sin pedir permiso en la casa de Enrique, quien se encontraba hablando por teléfono en su oficina y al verlo parado junto a la puerta le hizo señas para que entrara y se sentara frente a él, del otro lado del escritorio de algarrobo. Carlos se ubicó en la silla reclinable, tapizada de marrón, apoyó su maletín en el suelo, junto a sus pies, y del mismo extrajo un DVD.

-Te acordaste de traerme una copia del video -dijo Enrique apenas colgó el teléfono-. ¡Qué grande!

-Sí, pero esta copia no es la versión definitiva. Tiene material crudo. Igual, los chicos están trayendo otra, la oficial, por si querés quedarte con esa.

-Como vos prefieras -Enrique tomó el disco y luego se dejó caer sobre el respaldo de su silla-. Me habías dicho que lo filmaron poco después de grabar el disco de estudio, ¿no?

-Sí. Justamente usamos imágenes de ese show.

-Perfecto. Así lo vemos y por ahí podemos sacar algunas ideas para darle una continuidad al segundo disco.

-Esa es el plan, Enrique: darle una continuidad a todo el buen trabajo que estuvimos haciendo en los últimos cuatro, cinco años -asintió Carlos, un poco más tranquilo-. Y el demo, ¿lo escuchaste entero?

-Casi todo. Tiene muchas canciones. ¿Estás seguro de grabarlas todas o preferís dejar alguna afuera?

-Mi intención es grabarlas todas y después, en base a como queden, veré cuál sale de la lista final.

Por aquel entonces, *La Portezuela* se reunía a grabar toma tras toma en el departamento de Walter, donde habían montado un pequeño estudio con una consola de cuatro canales y una computadora con unos programas fáciles de usar y con muchas variantes para producir sonidos. De hecho, Francisco llevaba la mini batería que le habían regalado a su hijo *Mateo* y la colocaba en el baño porque allí dentro tenía mejor acústica. Sergio y Daniel aparecían, muchas veces por separado, en el departamento, cuando Walter no trabajaba y grababan los bajos y guitarras.

El dueño de casa, por su parte, aprovechaba las noches para grabar las voces, lo que generalmente constaba de un proceso en el que el joven primero registraba la melodía con una “sarasa” sobre la música y luego la repetía una y otra vez en su equipo de audio para ir componiendo la letra más adecuada. De esta manera, la banda no estaba a merced de los límites de tiempo de una sala ni debían enfrentar los cada vez más altos

costos de los alquileres de las mismas, y sólo iban a ensayar los temas ya terminados para preparar un show en vivo.

El Santo era de uno de esos lugares cuya mejor versión podía ser apreciada sólo de noche ya que la oscuridad disimulaba sus limitaciones y defectos edilicios y, al mismo tiempo, resaltaban las luces de neón que, por su parte, terminaban de rellenar los espacios vacíos. Los días de frío habían pasado, por lo que había más gente colorida transitando por las calles y los locales nocturnos dispuesta a saciar sus vicios con alcohol, humo y rock. Y quizás algunos químicos también. Para Mario, quien ultimaba detalles detrás de la barra, era el inicio de una temporada primavera/verano más al frente de su negocio, mientras que para Walter, todavía a unos kilómetros de distancia, se trataba de una noche singular, muy representativa, y no sólo para él.

-Recién me llamó Mario para decirme que tratemos de estar temprano para la prueba de sonido -dijo Walter parado junto a la camioneta de Francisco, estacionada frente al edificio. El conductor se disponía a terminar de cargar sus bultos en la caja del vehículo mientras Valeria se acomodaba con dificultad en el asiento del acompañante.

-¿Y te dijo algo de los afiches? -intervino Sergio, quien ya estaba sentado como indio en el suelo alfombrado de la caja de la chata, con su bajo entre las piernas.

-Me dijo que se va a hacer cargo él. Así que no tenemos que pagar más que el sonido. Pero también me explicó que si cortamos más de cincuenta *tickets*, la mitad del valor de esas entradas es para nosotros.

-¡Qué bueno! Nos va a servir para pagarle al sonidista y salir hechos -expresó el baterista al tiempo que de un salto se sentaba detrás del volante-. ¿Estás bien, Val? -preguntó a su mujer, quien asintió aliviada aunque sin dejar de apoyar ambas manos en su abultada y redonda panza.

Walter fue el último en subirse. Esta vez sólo llevaba su guitarra ya que el teclado hacía mucho tiempo que no salía de su departamento y cada vez menos de su funda. Lo que sí trasladaba el grupo eran los equipos de voz, viola y bajo para usarlos de retorno, tal como se lo había aconsejado Mario dada la acústica del bar.

-Entonces esperemos que vaya mucha gente. Esta vez los invitados no tuvieron excusa por el día y el horario ¡Jajá! –Exclamó Sergio, sentado frente a Walter, en el único espacio libre que había quedado en el interior de la camioneta-. ¿Vos a quién invitaste, amigo?

-Vos sabés que por estos pagos todavía sigo jugando medio de visitante. Así que les dejé entradas a unos chicos que iban conmigo al conservatorio y a algunos compañeros del laburo. Pero son de Capital, no creo que vengan. Les queda un poco a trasmano.

-¿Pero les cobraste igual?

-Obvio. A algunos ya les cobré y a otros los vuelvo a ver, así que no te preocupes por esos. Mejor encárgate de que venga la gente de ustedes.

-Seguro que vienen todos: los chicos del club, los de la facu, los que laburan en la galería y mi vecino también trae a su grupo.

-Nada mal para nuestro primer recital como banda principal. ¿Estás nervioso?

-Sí, un poco.

-Yo también. ¿Y vos Francis?

-Mejor ni le preguntes Wally. Suficiente tiene con que dentro de poco va a ser papá -indicó Sergio y seguidamente largó una risotada tratando de romper la tensión del ambiente.

Por su parte, el baterista hizo una mueca cómplice, observó que Valeria sonreía y permaneció callado, repasando con sus manos sobre el volante los principales cortes

de cada uno de los temas de la lista que, en esta oportunidad, era bastante más larga que la del festival de aquella madrugada invernal de meses antes. De todos modos, a los músicos les hubiera gustado que la nueva lista fuese más extensa pero el tiempo arriba del escenario no iba a sobrar ya que se le habían sumado dos bandas soporte.

“Yo también estoy nervioso”, admitió finalmente Francisco, a lo que sus compañeros, al ver la expresión rígida de su rostro, no pudieron evitar las carcajadas que retumbaron en la caja de la camioneta que bordeaba las vías que los guiaban hacia el santuario.

“... si una estrella fugaz te ilumina el alma, mira el cielo una vez más, ¡aaahhh!, si una estrella fugaz te ilumina el alma, mira el cielo una vez más, ¡aaahhh! Estrella, estrella, estrella, ¡estrella fugaz!”, cerró Walter la última canción de la lista con un tono mayor distorsionado y acompañado por un rulo final de Francisco que fue aplaudido largamente por un público de pie.

“Gracias a todos por venir, gracias por el respeto y gracias al Santo por darnos este espacio. Nosotros somos La Portezuela: Francisco Doué en la batería, Sergio Tours en bajo y coros, y quien les habla, Walter Lima, en guitarra y voz. Buenas noches y nos vemos la próxima. ¡Chau, gracias!”, concluyó el *frontman* con su rostro empapado en un sudor que parecía un espejo para los múltiples colores de los reflectores que no paraban de apuntar hacia el escenario.

“¡Grande Wally! ¡Aguante Francis! ¡Sergio ídolo!”, gritaba una y otra vez una desafortunada Valeria, quien a pesar de lo incómoda que se sentía con su cada vez más pesado cuerpo encabezaba el nutrido grupo de familiares, amigos, compañeros de estudios y de trabajo, conocidos y vecinos que acababan de disfrutar del recital en primera fila.

Los chicos terminaron rápido de desarmar el *set* y fueron directamente a cargar los instrumentos y los equipos de sonido a la camioneta, aunque no abandonaron el bar enseguida ya que Walter y Sergio habían convencido al conductor y su mujer de que se quedaran un rato para brindar por lo bien que había salido el show.

En tanto, cuando Walter regresó al interior del local saludó a todos los que se le acercaron a felicitarlo y les agradeció uno por uno. Desde arriba del escenario había visto algunas caras conocidas pero la mayoría eran extraños que se había entusiasmado con la música de la banda. Recién entonces confirmó que sus invitados, tal como lo había anticipado, no habían ido pero sí lo habían hecho los de Sergio y Francisco. Es más, el saludo más efusivo provino de *Jorge y Mónica*, los padres del bajista, por quiénes ya sentía un gran afecto, producto de las reiteradas invitaciones a comer a la casa de ellos donde siempre lo recibían como a un miembro más de la familia.

Terminó de saludar y se dirigió hasta el costado del escenario donde Mario terminaba de presentar a la siguiente banda.

-Muy bueno Walter, muy bueno –el dueño del bar le dio un fuerte apretón de manos.

-Me alegro que te hay gustado. Y gracias por los afiches, quedaron bárbaros.

Por unos instantes, Walter se quedó allí parado, estático, aunque sentía que su cuerpo flotaba como si se hubiera vuelto una pluma, pero no una pluma cualquiera, sino una inmensamente feliz.

-Tenía razón cuando te dije aquella vez que te iba a convenir cambiar de aire y de gente y venirte para acá, ¿no?

-La verdad que sí, Mario.

-Bueno, entonces dejame darte otro consejito y conocé a este tipo que te voy a presentar -el dueño del bar lo invitó a entrar a la cabina del sonidista, ubicada en el otro extremo del local, cerca de la puerta, de cara al escenario.

-¿A quién?

-Es un productor amigo mío que acaba de ver el show y me preguntó por ustedes.

-¿Laboró con vos?

-Al principio, hace tiempo. Es bueno para el *under* y lo no comercial. O sea, para la primera etapa de una banda.

-Claro -asintió el joven y luego vio sentado junto al sonidista a un hombre que aparentaba ser mayor que Mario, aunque se vestía como alguien de menor edad. Era una persona menuda, con ojos saltones y de color miel y que al ver llegar a su viejo amigo y al muchacho se puso de pie y caminó hasta donde se encontraban aquellos y estrechó la mano a cada uno.

-Walter, te presento a Carlos Fierro, Charly para los amigos.

-Mucho gusto.

-Un placer -respondió el productor sin soltar la mano del joven músico.

-Bueno chicos, los dejo charlar tranquilos. Después, Walter, vení a verme y cerramos lo de los *tickets* -se despidió Mario-. Tratalo bien Charly, no te hagas el loco -bromeó antes de salir de la cabina.

Carlos le ofreció a Walter una silla y ambos se acomodaron un poco más alejados para no estorbar el trabajo del técnico que manejaba el sonido. El productor le ofreció un trago de su cerveza, a lo que el joven le aclaró que acababa de terminar un trago largo que le había regalado Mario y no quería “mezclar”.

-Me gusta tu banda Walter. En serio. Sonó muy bien. Y se nota que son tres muy buenos músicos.

-Gracias. Igual hay muchas cosas para corregir.

-Seguro que sí. Pero, según me dijo Mario, este fue el primer recital de la banda. Así que no estuvo para nada mal. Además, tienen un estilo que ya no se escucha tanto.

-Eso tratamos -señaló Walter mientras Carlos se sirvió otro vaso de cerveza y miraba hacia el escenario atraído por un solo de guitarra estridente-. Me dijo Mario que trabajaron juntos hace un tiempo pero que ahora te dedicás más al *under*.

-Sí, en aquella época también trabajé con El Bocha, Fabi y Ciro -indicó el productor volviéndose hacia el joven.

-Todos músicos grosos.

-Ahora, pero al principio todos son como ustedes. ¿Sabías que acá cerca vive Ciro y que la guitarrista de Fabi tiene una sala de ensayo por donde viven ustedes, en pleno centro de Caseros?

-No, no lo sabía.

-Bueno, ahora te darás cuenta de cómo es la movida musical en el oeste.

-Mario siempre me le recalca.

-Y tiene razón -el productor alzó su vaso de cerveza como si éste acentuara su afirmación-. Mirá, yo trabajé mucho en Capital hasta que me di cuenta de que ahí hay tanta variedad y competencia que hacen que sea muy difícil obtener una identidad definida. En cambio, en el oeste, en la zona sur y en La Plata, sin ser menos que Capital en cantidad de gente y tamaño, hay una ideología más marcada. Y eso te permite laburar con un producto a largo plazo.

-Totalmente de acuerdo. Por eso me vine para acá.

-Sabia decisión.

-Eso espero.

-Seguro que sí –sonrió Carlos y luego se excusó-: Espero que no te moleste Walter, pero tengo que ir porque esta banda está por hacer un intervalo y necesito cagarlos un poco a pedos.

-No hay problema.

-Tené mi tarjeta y si le interesa al grupo, me llamás y nos juntamos todos, ¿te parece?

-Sí, dale. Gracias.

-Por nada.

-Fue un gusto –Walter estiró su brazo y volvió a estrechar la mano del productor.

-Igualmente.

Instantes después, Carlos salió raudamente de la cabina mientras que Walter se dirigió hasta la barra donde lo esperaban Sergio y Francisco para brindar, y Valeria para acompañar, aunque a los pocos minutos la pareja se despidió ya que la joven necesitaba descansar. En cambio, los otros dos músicos se quedaron celebrando en el bar, donde la gente se apiñaba hasta en el último rincón del mismo; sin embargo, esto no molestaba a Walter, quien todavía sentía entrada la madrugada que podía caminar en el aire sin ser tocado por nada, ni nadie.